

## **Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo A2023**

Hoy celebramos la solemnidad de Cristo Rey del universo. Decir que Cristo es Rey no significa que reina sobre una porción de tierra que le pertenece, como un presidente que administra un territorio llamado "República" o un Rey que controla a sus súbditos en una monarquía.

El reino de Cristo es ante todo una realidad espiritual que no puede reducirse al ámbito de este mundo. Es un estado de cosas en el que el corazón de una persona humana y todo lo que hace está sometido a Cristo y a Dios, su Padre. Cuando en su Pasión Pilato preguntó a Jesús si era Rey, nuestro Señor respondió que sí, pero añadió directamente que su Reino no era de este mundo.

El reino de Cristo se ha realizado en su victoria sobre la muerte y en su resurrección de entre los muertos. Cuando, en la segunda lectura de hoy, san Pablo dice que Cristo "tiene que reinar hasta que el padre ponga bajo sus pies a todos sus enemigos", apunta al cumplimiento del Reino de Cristo. Los enemigos de Cristo son aquellas fuerzas del mal que dominan el mundo, causando dolor y sufrimiento a la gente. Cuando todos estos poderes del mal sean destruidos, entonces, el Reino de nuestro Señor estará plenamente establecido.

La razón por la que Cristo se hizo ser humano fue que, al compartir nuestra humanidad, nosotros también compartimos su divinidad. Puesto que murió y resucitó por nosotros, participamos también de su resurrección. Así como hemos sido solidarios con Adán, el primer hombre de quien la muerte vino al mundo, así somos solidarios con Cristo resucitado de quien Dios trajo la vida al mundo. En estos términos, Cristo es el líder de una nueva humanidad y de un mundo nuevo en el que no habrá más muerte, ni más dolor, ni más sufrimiento, ni más lágrimas. Él es el buen pastor que guía el rebaño de Dios y lo cuida con solicitud, conduciéndolo al Reino de los cielos.

A diferencia de los pastores que vinieron antes que él y fracasaron en su deber, nuestro Señor da vida y conduce a los que le pertenecen a una vida más abundante. El profeta Ezequiel dice que debido a que aquellos pastores fallaron en su deber, Dios mismo rescatará a las ovejas. Él asumirá sus responsabilidades, cuidará solo de las ovejas, reunirá a las dispersas y las llevará a descansar en buenos pastos donde se buscará a las perdidas, se traerá de vuelta a las descarriadas y se sanarán las heridas.

Cristo es el pastor que el Padre envió al mundo para rescatarnos. Él es nuestro salvador y nuestro Rey. Pero, su reino no es de este mundo ni como los de este mundo. Su Reino es un reino de humilde servicio y amor. Los que le pertenecen deben convertirse en medio del mundo en sus manos y sus ojos, su boca y sus oídos. Deben actuar siempre hacia sus hermanos, animados y guiados por la ley del amor, a ejemplo del mismo Cristo. Es por eso que la edificación del reino de Jesús en este mundo se logra a través de nuestro servicio hacia nuestros semejantes necesitados.

Ese es el punto del Evangelio de hoy y es crucial para nosotros. Constituye el criterio de nuestro juicio final al final de los tiempos. El evangelio de hoy nos recuerda que no podemos preocuparnos sólo de nuestra espiritualidad, nuestra devoción individual y nuestra santidad personal. También debemos hacerlo por las necesidades de nuestros hermanos y hermanas. Por supuesto, nuestros ejercicios espirituales, nuestras devociones son importantes, pero no deben separarse de las obras de caridad hacia nuestros semejantes necesitados.

Seremos juzgados, no sólo según nuestra espiritualidad personal, sino sobre todo según nuestra reacción ante las necesidades de nuestros semejantes. El juicio de Dios no dependerá o se limitará al conocimiento que tengamos de él o de las enseñanzas de la Iglesia, sino también de cómo hayamos sido sensibles hacia los necesitados y de cuánta ayuda hubiéramos brindado a los demás en nombre de nuestra fe.

Lo que se pide aquí de nosotros no son grandes cosas, sino pequeños gestos de amistad y solidaridad, como dar una comida a un hambriento, un vaso de agua a un sediento, acoger a un inmigrante, visitar a un enfermo o a un preso, vestir a una persona desnuda, etc. Estas son cosas simples que no podemos evitar hacer; tienen un precio eterno; nos ayudan a ganar la salvación eterna.

Sin embargo, nuestra ayuda debe ser sin cálculos y debe fluir de un corazón amoroso. La ayuda que gana el corazón de Dios es la que se da a cambio de nada; aquello que se hace sólo por ayudar a alguien que lo necesita.

Aquellos que ayudaban a los necesitados no pensaban en absoluto que estaban ayudando a Cristo y, sin embargo, estaban acumulando su recompensa eterna. Quienes negaban la ayuda a sus semejantes tampoco pensaban que estaban cerrando su corazón y su mano a Jesús. Al final, estaban llenos de arrepentimiento y remordimiento: “si supiéramos que eres tú...”

Todo esto nos enseña algo sobre el pecado de omisión que a menudo pasamos por alto. También nos enseña que Jesús está escondido en nuestros semejantes. Jesús nos confronta con la certeza de su presencia escondida. Cada vez que damos ayuda a alguien que la necesita, se la damos a Jesús. Cada vez que retenemos nuestra ayuda a los necesitados, es contra Cristo. Nuestra tarea hoy es decodificar la imagen de Jesús escondida en nuestros semejantes necesitados.

Dios llega a sus hijos a través de nosotros. Es nuestro deber servir a nuestros semejantes como Cristo nos ha servido hasta la muerte. La participación en el Reino de Cristo se prepara mientras todavía estamos en la tierra a través de nuestro servicio a nuestros semejantes necesitados. Cada vez que hacemos el bien a los demás gracias a nuestra fe, estamos construyendo nuestra participación en el Reino de Jesús. Si olvidamos la práctica de la caridad, corremos el riesgo de quedar fuera del Reino. El amor que tenemos por nuestros semejantes es la medida de nuestro amor por Dios. Como el amor a Dios y el amor al prójimo son uno, lo que se le hace a un prójimo, bueno o malo, se le hace a nuestro Señor y a su Padre. Quien no se esfuerza por quitar de delante de sí todo lo que daña al prójimo, no coopera en la construcción del Reino de Jesús.

Debido a que el reino de Cristo es el del amor y el servicio, sirvámosle sirviendo a nuestros semejantes. Porque Cristo es nuestro rey, sometámonos a él para que reine en nuestra mente, en nuestro corazón y en nuestro cuerpo, y nos transforme a su imagen. ¡Que tengan una bendita celebración!

**Ezequiel 34: 11-12, 15-17; 1 Corintios 15: 20-26, 28; Mateo 25: 31-46**



Fecha de la Homilía: el 26 de Noviembre, 2023

© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20231126homilia.pdf